

mañana, si usted me lo permite, iré para besar sus adoradas manos.

»POLANIECKI.»

Terminada la carta, consultó el reloj, y viendo que eran las once, mandó al criado que la llevara inmediatamente á su destino.

—Extraña cosa sería,—dijo,—que no acertase ella el objeto de mi visita de mañana.

## XXVI

La señora Kraslavski recibió á Estanislao Polaniecki sin ocultar la extrañeza que le producía aquella visita inesperada. El joven entró desde luego en el asunto y le puso al corriente de lo acaecido, procurando presentar bajo buen aspecto la conducta de Masko. Cuando hubo terminado, la señora contestó:

—En todo esto hay algo que no aparece bastante claro; así es que no comprendo por qué el señor Masko ha de haber vendido el bosque, que era lo que embellecía Kerzemien.

—El bosque estaba demasiado lejos de la casa,—replicó Polaniecki,—hacia demasiada sombra con gran perjuicio para el cultivo, y Masko, como hombre práctico se deshizo de él. A más de eso, debo confesaros que yo tengo algo de culpa. Como negociante en maderas, me convenía aquel bosque, y Masko, obedeciendo á un sentimiento de amistad, me lo ha vendido.

—No comprendo, entonces, por qué aquel joven...

—Usted conoce al consejero Yamiz,—interrumpió Polaniecki;—pues ese señor le dirá que aquel joven es un loco, y que como tal se le conoce en todo el país.

—Siendo así, no había necesidad de que el señor Masko se batiera con él.

—Señora,—objetó Polaniecki que empezaba á perder la paciencia,—en estos asuntos vuestras ideas son muy diferentes de las nuestras.

—Hágame usted el obsequio de aguardarse un momento; quiero hablar con mi hija.

Polaniecki quedó solo, esperó durante un breve espacio de tiempo, al cabo del cual comparecieron la madre y la hija.

La señorita iba vestida de blanco con marinera. Aún cuando tenía los ojos algo encarnados, y su peinado estuviera algo descuidado, á Polaniecki no le pareció fea. No se leía conmoción alguna en su semblante.

Después de haber saludado á Polaniecki con aire tranquilo é indiferente, dijo:

—Le ruego á usted que diga al señor Masko que la noticia de su duelo me ha asustado y conmovido. ¿La herida es verdaderamente ligera?

—Sí, señorita.

—He pedido á mi mamá que fuera á verle. Yo la acompañaré y esperaré abajo en el coche las noticias que ella me traiga. Cada día haré lo mismo, hasta que esté completamente restablecido.

Un ligero rubor, apenas perceptible, cubría el rostro de la señorita. Polaniecki, que no esperaba estas palabras, la miró lleno de asombro. En aquel momento, casi le parecía hermosa, y cuando se ale-

jó para ir á casa de Masko para ir á llevarle aquella agradable noticia, pensaba entre sí.

—Es mejor de lo que parece; hasta creo que no está completamente desprovista de corazón. Hasta ahora Masko no la ha conocido, ya experimentará una gran sorpresa. Si la señora Kraslavski va á visitarle, verá á toda aquella colección de obispos y guerreros colgados de las paredes, y acabará por creer en la ilustre ascendencia de su futuro yerno.

Pocos minutos se detuvo Polaniecki en casa de de Masko, porque tenía intención de ir á saludar al profesor Vascovski que partía para Italia. Por el camino compró un ramo de flores y dió orden de que fuera llevado á casa de la señorita Plavicki. La idea de que Marina recibiría muy gozosa aquellas flores y de que por la noche le esperaría ansiosa, le causaron tal placer que llegó muy alegre y satisfecho á casa Vascovski.

—Vengo á saludarle; ¿cuando se marcha V.?

—Tengo que retrasar un par de días mi partida, contestó Vascovski.—Ya sabes que, durante el invierno doy asilo á pobres niños abandonados.

—Sí, á bribonzuelos de esos que saben sacar las carteras de los bolsillos ajenos.

—No, no; son buenos... y ya ves que no los puedo abandonar así; necesito uno que me substituya, que venga á vivir en mi casa.

—Para hacerse tostar. ¿Cómo puede V. resistir un calor semejante?

—Estoy en mangas de camisa, y ya me permitirás que esté así. Realmente hace un poco de calor, pero esto hace bien á mis pajaritos.

Polaniecki miró en torno suyo. En aquella habi-

tación había por lo menos media docena de currucas, jilgueros y otros, sin contar los gorriones que andaban sueltos, y que, acostumbrados á su pasto diario, aguardaban en el antepecho de la ventana, á la parte de fuera de la misma. Colgadas de las paredes estaban las jaulas que no servían, únicamente por la noche, porque de día los pájaros volaban libremente por la habitación, con una charla incesante, y dejando las huellas de su presencia encima de los libros y manuscritos que habían esparcidos por doquier.

Aunque acostumbrado á aquel espectáculo, Polaniecki alzó los hombros y dijo:

—Todo esto será muy bonito y muy bueno, pero dejarles en libertad de volar por donde quieran, me parece demasiada libertad.

—De eso tiene la culpa San Francisco de Asis; contestó Vascovski;—de él he aprendido á tener cariño á las avejillas.

—Es probable que se encuentre V. con Bukacki, dijo Polaniecki;—he recibido carta suya. Miradla.

—¿Puedo leerla?

—Claro está que sí, para esto la he traído.

Vascovski, cuando hubo terminado su lectura dijo:

—Es un buen muchacho, pero tiene algo maleada la cabeza.

—Es muy raro lo que me pasa,—exclamó Polaniecki;—figúrese usted, mi querido profesor, que de algunos días á esta parte oigo de continuo que el uno dice del otro que tiene algo averiados los

sesos; estoy por creer que esto es una especie de epidemia.

—Todos tenemos nuestra racioncita de locura.

Por lo que á Bukacki se refiere, ¿sabe usted la manera como me propongo seguir sus consejos? Casándome en seguida... Es decir, me casaré si no me rechazan.

Vascovski le abrazó:

—Dios atienda todos tus deseos y te bendiga. Era lo que Litka deseaba. Me consta. Recuerdas cuando te dije que no moriría hasta haber cumplido su misión? Dios os bendiga á entrambas. Marina tiene un corazón de oro.

—Y yo le deseo á usted un buen viaje y un regreso feliz.

Polaniecki bajó á la calle, hizo venir un coche de plaza y se hizo llevar á casa Plavicki. Por el camino se consultó á sí mismo sobre lo que tenía que decir á Marina y sobre la manera como se debía expresar.

Las ventanas no estaban iluminadas aún, apesar de que hacía ya un rato que se había puesto el sol. De seguro que Marina le esperaba.

—¿Ha recibido usted la carta y las flores?

—Sí.

—¿Y ha adivinado usted el porqué se las he mandado?

Latíale con tal fuerza el corazón á Marina, que no pudo contestar.

Polaniecki continuó con tono insinuante:

—¿Quiere V. que se cumpla el deseo de Litka? ¿Quiere usted ser mía?

—Sí,—respondió á media voz Marina.

Comprendía él que tenía que darle las gracias por tal consentimiento, más no acertó á dar con las palabras adecuadas para expresar sus sentimientos. Estrechó con fuerza sus manos, la atrajo hacia sí, la abrazó con efusión y trató de besarla en los labios. Más ella volvió la cabeza de manera que él solo pudo tocarle los cabellos que le cubrían las sienas. Durante algunos instantes, solo se oyó su respiración, hasta que al fin Marina se desprendió de sus brazos.

En aquel instante entraba el criado trayendo la lámpara.

Polaniecki, asustado de su propia osadía, miró con ansiedad á Marina, con ánimo de pedirle perdón, si ésta hubiese dado muestras de estar ofendida; más vió con gran sorpresa que en el rostro de la joven no aparecía vestigio alguno de enojo. Sus ojos inclinados hacia el suelo y sus mejillas encendidas, revelaban tan solo la dulce turbación que experimenta la mujer amante cuando sacrifica algo, pero qué concede gustosa porque ama y porque comprende que ese es su deber.

Apoderóse de Polaniecki un intenso sentimiento de gratitud. Llevó respetuosamente á sus labios una de las manos de la joven y dijo:

—Sé que no soy digno de su bondad; pero pongo á Dios por testigo de que haré por usted todo lo que mi fuerza y mi voluntad me permitan.

Marina le miró con los ojos humedecidos y respondió:

—Me basta que sea usted dichoso.

—Lo seré con usted. En Kerzemien la conocí en seguida, pero ya sabe usted lo que pasó. Estaba

conyencido de que se casaría usted con Masko, y esto me causó profunda pena.

—Reconozco que obré mal y le pido perdón... mi querido señor Stach...

—Hoy me decía el profesor Vascovski: «Marina, tiene un corazón de oro...» Es usted una joya, adorada mía, es usted un tesoro.

Miróle ella conmovida. Vino á interrumpir su diálogo el señor Plavicki, que acababa de entrar en aquel momento.

—¿Estáis solos?—les preguntó.

Marina se acercó á su padre, apoyó las manos en su hombro, y presentándole la frente para que se la besara dijo:

—Sí; nos hemos prometido, papá.

—¿Qué dices?—preguntó asombrado Plavicki dando un paso atrás.

—Digo,—repuso Marina mirándole tranquilamente los ojos,—que el señor Estanislao me ha pedido por esposa, y que yo soy muy dichosa.

Polaniecki abrazó al señor Plavicki y añadió:

—Sí, tío, con tal que usted lo permita.

—¡Hijos míos!—exclamó Plavicki, acercándose con inseguro paso al sofá dejándose caer pesadamente en él:—permitidme que me siente; la emoción... pero no es nada, no hagáis caso de mí, hijos míos... Si este es vuestro deseo, os bendigo de todo corazón.

Y uniendo la acción á la palabra, bendijo á los dos amantes. Su voz era entrecortada y se expresaba con gran dificultad, que solo se pudieron coger estas frases:

—Un rinconcito á vuestro lado para el pobre vie-

jo que ha trabajado toda su vida,.. para el bienestar de su única hija...

Supieron tranquilizarle tan bien los dos jóvenes, que poco después el señor Plavicki dijo con tono jovial, golpeando ligeramente la espalda á Polaniecki:

—¡Pícaro! De modo que pensabas en Marina ¿eh? Y yo que me figuraba que tú...

El resto de la frase la pronunció en voz baja en el oído de Polaniecki. Púsosele encarnado á éste el rostro; á impulsos de la cólera contestó:

—Lo perdono porque es usted, pero si otro se hubiese atrevido á hacerme semejante observación...

—Vaya, vaya,—repuso Plavicki sonriendo,—no hay humo sin fuego.

Aquella misma noche, cuando Polaniecki se disponía á marcharse, Marina le dijo:

—¿Quiere usted hacerme un favor?

—¿Qué desea usted?

—Un día hice la promesa de que, en cuanto llegase ese día .. el día de hoy, haría una visita en compañía de usted, á la tumba de Litha.

—Qué buena es usted,—exclamó Polaniecki.

—Creo que en este momento Litka nos está viendo y ruega por nosotros.

—Si es nuestra pequeña santa protectora.

—Buenas noches.

—Buenas noches. Hasta mañana,—dijo el joven besándole las manos,—y pasado mañana y siempre, hasta... el día de nuestra boda.

Polaniecki se alejó. Confusos pensamientos acumulábanse en su mente, variados sentimientos agitaban su corazón, pero entre todas estas sensacio-

nes había una que dominaba á las demás. Y esta sensación, este pensamiento era el de que había acaecido algo extraordinario que había decidido de su suerte, de que había pasado la hora de las dudas y de las indecisiones, y de que al fin empezaba para él una nueva vida.

A la mañana siguiente se dirigió temprano á su despacho para comunicar la nueva á Bigiel. Este, después de haberle abrazado, le dijo con su calma habitual:

—Es la cosa más cuerda que habrás hecho en toda tu vida. Ahí tienes,—continuó señalando varios papeles que había encima del escritorio, una porción de negocios que, gracias á tu inteligencia y actividad, han tenido un resultado excelente; pues bien, todo eso es nada, comparado con el más que excelente que has hecho ahora.

—¿Verdad que sí?—prorrumpió alegremente Polaniecki.

—Corro á participarle á mi mujer tan grata nueva,—dijo Bigiel.

—Está bien,—contestó Polaniecki.—Mientras tanto yo voy á ver á Masko y luego tengo que ir á casa de Marina, á quien he prometido acompañar á la tumba de Litka.

—Es vuestro deber para con aquella pobre niña.

Por el camino compró flores y las mandó á su novia, advirtiéndole al mismo tiempo que iría pronto á su casa, y luego entró en la de Masko.

Cuando éste se enteró de la novedad, estrechó la mano de su amigo y le dijo visiblemente conmovido:

—Una sola cosa te digo, y es que no sé si ella se-

rá feliz contigo, pero es seguro que tú lo serás con ella.

—Las mujeres son mejores que nosotros,—observó Polaniecki;—los últimos acontecimientos de tu vida deben haberte convencido de esta verdad.

—Te confieso que estoy cada vez más sorprendido. Mi novia y su madre se mostraron buenas conmigo, pero en su vida hay algo de misterioso que...

Interrumpióse Masko como el que no está seguro de la conveniencia de seguir, mas al fin continuó:

—Tú sabes callar y además en estos últimos tiempos me has dado muestras de amistad; de consiguiente no quiero tener secretos para tí. Ayer, después que te hubiste marchado, recibí una carta anónima, (ya sabes que entre nosotros existe el noble uso de las cartas anónimas), y esta carta contenía la noticia de que el padre de la señorita Kraslavski vive aún.

—Será obra de algún chismoso.

—Tal vez sí y tal vez no. Podría muy bien ser que realmente viviese en América. Recibí la carta mientras estaba aquí presente la señora Kraslavski, disimulé, y al cabo de un rato; aprovechando la oportunidad de que ella se enteraba de mis ascendientes, la pregunté cuanto tiempo llevaba de viudez, y ella me contestó únicamente estas palabras: «Hace nueve años que estoy sola con mi hija, pero esta es una historia muy triste, de la cual hoy no quiero hablar. Ya comprenderás que no juzgué conveniente insistir.

—Sí, ¿y qué?

—Que creo que si verdaderamente el padre vive

aún, éste debe ser un individuo de quien no se deberá hablar con mucho gusto. Por lo demás, todo esto me importa poco. Es lo mismo que no existiese y espero que mi casamiento se realizará sin entorpecimientos, porque cuando uno tiene secretos que ocultar tiene menos pretensiones.

—Perdóname mi indiscreción,—dijo Polaniecki tomando el sombrero,—pero en este momento se trata de mi capital y de los intereses del señor Plavicki; ¿estás seguro de que las señoras Kraslavski son ricas?

—Parece que poseen un capital bastante considerable, pues una vez la madre me dijo que su hija no necesitaba un hombre rico. Conozco á los judíos de Varsovia y estoy seguro de que ninguno de ellos acredita un solo céntimo de esas señoras. Tienen una preciosa quinta cerca de la de Bigiel; esto también lo sabes tú.

—Pero, ¿no conoces tú á cuanto asciende fijamente su fortuna?

—He procurado con cautela averiguar alguna cosa, y he podido comprender que poco más ó menos no baja de doscientos mil rublos lo que poseen.

Polaniecki se despidió, y una hora más tarde hallábase con Marina en el cementerio.

Al volver de visitar la tumba de Litka, Marina observó:

—Paréceme ahora como si la pobre niña hubiese bendecido nuestra unión.

Cogióla él de una mano y la dijo:

—Si estás convencida de que seremos felices, ¿para qué diferir nuestra felicidad? Yo, vida mía, creo en un porvenir dichoso; no vacilemos más.

Abrese para nosotros una nueva vida; empecémosla lo más pronto posible.

—Como tú quieras, con toda mi alma seré completamente feliz.

Abrazóla él contra su pecho y cambió con ella un apasionado beso.

## XXVII

Había llegado para Polaniecki el momento decisivo de su vida. Jamás se hubiera imaginado que los preparativos de una cosa tan sencilla como un casamiento, tuviese que proporcionarle tanto trabajo; más no por eso decreció su buen humor. Miraba lleno de confianza el porvenir. Sabía que Marina poseía un corazón excelente, una mente sana y un carácter noble; sabía que podía confiar ciegamente en ella. Con frecuencia acudiale á la imaginación la respuesta de un amigo de su madre, cuando se le preguntó si le daba más en que pensar el porvenir de un hijo ó el de una hija.

—El de los hijos,—había dicho,—porque á mis hijas lo peor que les puede suceder es que sean desgraciadas.

Con esas palabras, aquel hombre había dicha una gran verdad. Así es, en efecto. A los hijos se les educa en la escuela de la vida y pueden fácilmente echarse á perder, dejar de ser honrados. A las hijas se las educa en las virtudes domésticas, se las hace adquirir sólidos sentimientos de virtud y de honestidad, y de consiguiente, aún en la peor de las hipótesis, únicamente pueden ser desgraciadas.

Pero si Polaniecki analizaba las buenas cualida-

des y virtudes de su novia, lo hacía más con el amor y la predilección de un joyero con sus propias joyas, que con el método severo de un sabio que estudia un fenómeno desconocido.

Aún cuando creía conocer el carácter de Marina, un día, sin embargo, tuvo con ella un serio altercado. La causa fué una carta del profesor Vascovski, que Estanislao leyó delante de ella.

La carta decía:

«Amigo mío.»

«Vivo en la calle del Triton, (*pensión française*). Ten la bondad de llegarte á mi casa, para asegurarte de como van mis protegidos y de si los pajaritos de San Francisco están suficientemente provistos de grano y de agua. Deseo que en los primeros días de primavera se abran las jaulas y las ventanas. Los que prefieran el encierro se quedarán, los que prefieren la libertad se marcharán.

«Cada día ruego á Dios por vosotros dos, por tí y por la señorita Marina. Con mucho gusto asistiría á vuestra boda, pero no estoy seguro que mis compromisos me dejarán libre por Pascua. Por consiguiente, debo escribirte lo que quiero y debo deciros; este es el objeto de esta carta. Chocheas de viejo pedagogo. Ya sabes que durante mucho tiempo ejercí mi carrera de maestro. En ese tiempo tuve ocasión de conocer muchas verdades, y la experiencia me ha enseñado muchas cosas. Fíjate pues, en mis consejos, y presta atención á mis palabras.

«Si llegáis á tener hijos, no los atormentéis con el estudio excesivo; dejadlos crecer lozanos y alegres según la divina voluntad. En nuestros días, un

niño tiene ocupadas más horas que un adulto, que un empleado. Además debes considerar que un empleado, durante sus horas de oficina, se puede distraer con sus colegas y puede fumar un poco, mientras que el niño durante todas las horas de clase, tiene que estar con la imaginación ocupada y atenta para poder hacerse cargo de lo que el maestro le enseña, y para no perder el hilo y la conexión de las enseñanzas que se le dan.

«Si sacas la cuenta de las horas de estudio á que un pobre muchacho se ve obligado á someterse diariamente, verás que no bajan de doce. ¡Doce horas de trabajo para un niño! ¿Comprendes esto, amigo mío? ¿no se te ha ocurrido jamás la idea de que tales niños únicamente podrán salir hombres gastados de salud y de inteligencia? ¿y qué mientras tanto vuestros cementerios está poblados de niños muertos antes de tiempo, y que mientras tanto las ideas más estrambóticas y estafalarias hallan sostenedores y adictos?

«Se ha pensado en la reducción de horas de trabajo de los trabajadores de las fábricas; una ley regula el trabajo de los niños; pero de los pobres niños que estudian jamás nadie se ha ocupado. ¡Qué campo tan vasto para un reformador! ¡cuán agradecida tendría que estarle la posteridad.

«Te ruego que no obligues á tus hijos ha hacer estudios en demasía, á excesivos trabajos mentales. Prometédmelo tú y Marina. Créeme, no hablo por hablar, como sostiene Bukacki, hablo porque te quiero bien. Una reforma en este sentido es el deber más grande de nuestro siglo, será la obra más humanitaria después de la de Cristo.

«En Perugia me han acaecido cosas extrañas. Pero eso ya te lo escribiré otro día. Entre tanto te doy un estrecho apretón de manos.»

Marina escuchaba esta carta con evidente perplejidad. Polaniecki la miró sonriendo y dijo:

—¿Ha oído usted alguna vez una cosa parecida? No estamos casados aún, y el profesor ya se preocupa de nuestros hijos.

Esto diciendo, se había inclinado hacia Marina para verla los ojos y la preguntó:

—¿Qué me dice usted de esta carta?

Al hacer esta pregunta, Polaniecki se encontraba en uno de esos momentos desgraciados en que el hombre se manifiesta tal como no es en realidad. Verdaderamente, él tenía un carácter algo rudo, pero no grosero; pero en aquel momento no supo prever cuán fino y delicado podía ser el sentimiento de una niña. Marina sabía como todas las otras muchachas, que los hijos son la consecuencia del matrimonio; más ella pensaba en esta posibilidad futura como en una especie de cosa vaga, indeterminada, como de un misterio del cual se tenía que hablar con los debidos miramientos. El tono burlón y claro con que Polaniecki tocó inopinadamente aquel delicado asunto, no solamente la ofendió, sino que la produjo una dolorosa impresión. Involuntariamente se le ocurrió este pensamiento: ¿Por qué no comprende esto? Y desmintiendo á su vez su propio carácter, como precisamente puede acaecerle á la persona más tranquila, en aquel momento de perplejidad se enojó por una insignificancia y casi sin motivo.

—¿Cómo puede usted hablar de tal manera en mi presencia?—exclamó con aire ofendido.

Polaniecki soltó una carcajada figurándose tal vez que saldría de su comprometida situación manifestando una alegría afectada.

—¿Por qué se enfada usted así?—la preguntó.

—Su conducta para conmigo no es la que debería ser.

—Francamente, no comprendo lo que quiere usted decir.

—Tanto peor para usted.

La cólera hizo subir los colores al rostro de Polaniecki.

—Puede ser que yo tenga la culpa,—dijo con el tono de quien no sabe pesar sus propias palabras,—pero nada me es tan antipático como el que una persona se dé por ofendida sin motivo. De este modo no es posible vivir. Quien de una cosa de nada hace un caso grave, tiene indudablemente más culpa que yo, y como mi presencia le desagrada, me voy.

Y tomando con ademán colérico el sombrero, inclinóse ligeramente y se lanzó fuera de la habitación.

Marina no trató de detenerle; por algunos instantes el enojo ahogó en ella todos los demás sentimientos. Luego sintió como si hubiese recibido un fuerte golpe en la nuca, y se dijo como presa de viva turbación:

—Todo ha terminado; ya no volverá jamás.

Todo aquel edificio tan bello que en su mente se había levantado, acababa de desplomarse encima de ella; se le preparaba una vida árida y desierta.



¡Cuán dichosa habría podido ser! Todo esto había acaecido tan inesperadamente, que ella no podía darse aún una idea clara de su situación. Al fin se levantó y se adelantó con lentitud hacia el escritorio. Maquinalmente, pero con cierta viveza, puso encima de él algunas hojas y papel para cartas, acercó la silla, sentóse, y apoyó la cabeza entre las manos. Sus miradas encontraron involuntariamente el retrato de Litka, y un nuevo rayo de esperanza la iluminó. El corazón le latía con violencia; levantóse y dió algunos pasos por la habitación, reflexionando sobre lo que tenía que hacer. El enojo había desaparecido por completo. Únicamente sentía el amor inmenso que profesaba á Polaniecki, y se apoderó de ella un profundo arrepentimiento. Pero, ¿qué debía hacer? En su corazón sostenían una ruda lucha el temor y la esperanza. Por un lado esperaba que el buen corazón de Polaniecki le llevaría de nuevo á sus brazos. Por otro lado conocía la obstinación de su novio, su amor propio y su singularidad en querer ser tenido por inflexible.

Al cabo de media hora estaba convencida de haber sido ella la única culpable del deplorable incidente, y resolvió escribirle algunas frases conciliadoras. Si el cruel hubiese venido, habría visto cuan arrepentida estaba ella. Parecíale cosa sumamente fácil escribir un par de palabras de esas que brotan del corazón; más cuando intentó realizarlo, se encontró con dificultades insuperables. En la carta no podía poner unos ojos tiernos y humedecidos por el llanto, ni un semblante que sabe aparecer triste y sonriente á la vez. Una hoja de papel escrita no tiene la voz entrecortada por la emoción, no tiene dos

manos que, juntas y levantadas en alto, imploran perdón. Una carta puede ser leída y hasta puede ser comprendida, cuando se pone en ello un poco de buena voluntad, pero no se puede exigir más de una hoja de papel blanco, fría, indiferente y cubierta de palabras negras.

Marina había roto ya dos cartas, cuando su padre sacó la cabeza por la puerta entreabierta.

—¿No está Polaniecki aquí?—la preguntó.

—No, papá.

—¿Cuándo volverá?

—No lo sé, papá,—respondió la niña suspirando.

—Si vuelve, hazme el obsequio de decirle que dentro de una hora estaré de vuelta y que tengo de hablarle.

—¡Ah!—pensó Marina,—cuan contenta estaría también yo de poderle hablar.

Empezó otra carta, pero también esta tuvo el mismo fin de las dos anteriores. Tomó una cuarta hoja y discurrió si tal vez lo mejor sería tomar la cosa á broma ó bien pedirle sencillamente perdón. Apretóse las sienes con las manos, y se puso á recorrer la habitación en todas direcciones. De repente sonó la campanilla. A Marina le dió un salto el corazón.

—¿Si fuese él?—se preguntó.

Abrióse la puerta, y efectivamente, era él. Entró perplejo, con aire sombrío, visiblemente indeciso sobre la manera como sería acogido. La joven corrió al encuentro de su prometido con el rostro radiante de alegría, dichosa, conmovida porque había vuelto: se acercó á él y le echó los brazos al cuello.

—¡Qué bueno es usted! ¡cuánto le quiero!—murmuró.—¿Sabe usted que le quería escribir?

Polaniecki la miró por un instante en las niñas de los ojos y luego, de improviso, la estrechó convulsivamente contra su pecho rebosando cariño, y cubrió de ardientes besos la boca, los ojos y los cabellos de la mujer amada.

—Es usted demasiado buena,—la dijo al fin con tierno acento:—pero precisamente su bondad es la que me subyuga. Perdone usted, no me niegue usted este perdón. Mi cólera se ha desvanecido en seguida y me he dirigido serios reproches á mí mismo. He pasado varias veces por debajo de sus ventanas, con la esperanza de ver y leer en sus ojos y en su rostro que podía volver á su lado. Al fin no he podido contenerme más y aquí me tiene usted.

—Quién debe pedirle perdón soy yo, que fui la causa de la equivocación. Mire usted cuantas hojas de papel rotas. He escrito y he vuelto á escribir.

Polaniecki apenas oía lo que ella estaba diciendo. Sus ojos fascinados se fijaban en la niña, la cual, con la cara encarnada y los ojos brillantes de alegría y de felicidad, estaba delante de él tratando de arreglarse los cabellos que se habían descompuesto con aquel apasionado abrazo.

—¿De veras me quería usted escribir?—repuso Polaniecki.

—Esas hojas rotas hablan por mí.

—Marina, es usted demasiado buena.

—Oh, no,—contestó ésta mirándole con ternura.

—Sola yo tuve la culpa de todo, nadie más que yo. Y al cabo de un instante prosiguió, ruborizándose cada vez más y con los ojos bajos:

—El profesor Vascovski tiene mucha razón en lo que escribe en su carta.

El aire humilde y bondadoso de Marina desarmó todavía más á Polaniecki, que se sentía hechizado.

—Jamás podré consolarme de haber obrado con usted de esta manera,—la dijo;—con su bondad hará usted de mí un esclavo.

—¡Cómo!—exclamó ella sacudiendo la cabeza.—¿Se burla usted? Medrosa y tímida como soy...

—¿Medrosa y tímida?... Voy á contarle á usted una historieta. En Bélgica conocí dos señoritas apellidadas las señoritas Wantres. Estaban tan prendadas de un gato que poseían, que tenían la convicción de que era el más acabado y perfecto modelo de la apacibilidad y de la bondad, y no se cansaban de cantar las alabanzas de su favorito. Un día recibieron como regalo una liebre doméstica, ¿y qué sucedió? Que fué tanto el miedo que la liebre causó al gato, que éste corrió á esconderse debajo de los muebles. Tan convencidas estaban de este miedo las señoritas, que cierto día en que habían salido, como se acordaran de que la liebre y el gato habían quedado solos en casa, dijeron entre sí: «El minino no le puede causar daño alguno á la liebre; ¡si la tiene un miedo!...» Y continuaron tranquilamente su paseo. Al cabo de una hora regresaron á casa, y ¿á qué no adivina usted lo que había sucedido? Pues lo sucedido fué que el gato se había comido á la liebre, y de ésta no quedaban más que las orejas. Este es precisamente el caso de nosotros dos. En apariencia usted me tiene miedo, pero al fin del cuento á mi no me quedarán más que las orejas.

Polaniecki miró riendo á Marina, más ésta protestó enérgicamente de aquella aserción.

—No,—acabó por decir la joven,—yo no tengo un carácter semejante.

—Tanto mejor,—contestó Polaniecki;—¿sabe usted que es lo que la experiencia me ha enseñado? Que el más egoísta es el que siempre tiene razón.

—Así se podría decir que el amor más grande se sacrifica siempre por el más pequeño.

—Es lo mismo. Por lo demás, confieso que si me encontrase en presencia de un Herodes, no vacilaría un instante en hacerlo así.

Aquí Polaniecki tendió los dedos de la mano y luego los dobló hacia adentro, haciéndolos chocar con fuerza contra la palma de la misma.

—Pero cuando uno tiene que habérselas con una tortolilla como usted, la cosa es muy diferente. Mas bien conviene privarle á usted de pensar demasiado en los demás, privarla de sacrificarse. Todas las personas que la conocen á usted son de ese parecer. Masko, que por cierto no es un Salomón, me dijo en cierta ocasión: «Ella podrá ser desgraciada con usted; pero usted con ella jamás.» Y tiene perfectamente razón. Tengo viva curiosidad por saber como se encontrará él después de casarse. Es hombre que sabe aguantar muy bien las riendas.

—¿Está enamorado de su novia?

—No mucho, positivamente menos de cuando se enamoró de cierta señorita que coqueteaba con él.

—Porque él no se había portado tan mal como cierto señor Stach.

—Será un matrimonio curioso. La esposa no es fea, aún cuando esté tan pálida y tenga casi siempre los ojos encarnados. Masko se casa con ella por interés. Este se empeña en sostener que no es ama-

do, y hasta después de su entrevista con Gatovski, estaba convencido de que aquellas señoras romperían toda clase de relaciones con él. Pero ha sucedido todo lo contrario y esto á Masko, en vez de alegrarle le pone pensativo. Parece que en la familia hay algo que no es bastante claro, especialmente respecto al señor Kraslavski. Unicamente Dios sabe lo que habrá pasado. Si Masko es dichoso en su matrimonio, su dicha no será por cierto por el estilo de la que deseo para mí.

—¿Y cómo se la figura usted la dicha deseada por usted?—preguntó Marina.

—Creo que la verdadera felicidad consiste en poseer una mujer como usted, una mujer en cuya compañía puede afrontarse tranquilamente y sin temor el porvenir.

—Y yo creo que la felicidad consiste en verse amada, en la confianza recíproca y en trabajar unidos para un objeto común.

## XXVIII

Las señoras Kraslavski no solo procuraban no disgustarse con Masko, sino que le trataban con tales miramientos, que éste se iba poniendo cada día más receloso. Como que desde hacía algún tiempo ya no tenía secretos para Polaniecki, un día le dijo con franqueza y hasta con cierto cinismo:

—Amigo mío, son unos ángeles de bondad; temo que haya gato encerrado.

—A mí, por lo contrario, me parece que debes dar gracias al cielo.

—Si digo que son verdaderos ideales, sin defec-

tos y sin el menor rastro de vanidad. Ayer, por ejemplo, se hablaba del porqué me había hecho yo abogado; en un momento dado, emití la opinión de que un joven, aún perteneciendo á una de las familias más distinguidas, tiene el deber de abrazar una profesión, ¿y sabes lo que contestaron? Que se debe estimar cualquier trabajo, y que únicamente las naturalezas débiles y mezquinas deben avergonzarse de ejercer una profesión. Créelo, hay en ellas algo que me choca; la historia del papá debe entrar en parte en eso. He procurado enterarme sobre esto último y he sabido que vive en Bordeaux ocultándose bajo el nombre de Langlais, con un familia extra-legal, que mantiene con la pensión anual que la señora Kraslavski le abona.

—¿Pero á tí que te importa todo eso?

—¿A mí? nada.

—Esta noticia prueba que son dos mujeres desgraciadas y dignas de ser compadecidas.

—Si á lo menos fuera seguro que son tan ricas como desgraciadas...

—También yo reconozco que estos momentos tu situación es difícil en extremo. Ante todo nos tienes que pagar á mi y á Plavicki, y ya sabes que yo, en tratándose de negocios soy inflexible. No tardará mucho en llegar el plazo.

—Haré uso de mi crédito, y si es menester, lo llevaré hasta el extremo. Por lo demás, el crédito de vosotros dos está asegurado hipotecariamente sobre Kerzemien. Tal vez durante la fiesta de nuestros esponsales lograré saber algo de cierto sobre su capital. Parece imposible que un hombre práctico como yo, se pierda en un laberinto semejante. To-

das las personas á quienes he interrogado, me han asegurado que las señoras Kraslavski son ricas, pero ¿qué quieres que te diga? son demasiado buenas.

—Se me figura que en esto tienes miedo de un fantasma,—repuso impaciente Polaniecki.—Como acaece amenudo que te falsificas á tí mismo, quieres suponer que los demás hacen lo mismo.

Pocos días después se celebraron las fiestas para los esponsales de Masko.

La señorita Kraslavski, que miraba con buenos ojos al señor Plavicki, le invitó á la fiesta junto con Marina. Masko había enviado las invitaciones á todos sus conocidos que llevaban algún nombre importante, por lo cual asistieron á la ceremonia gran número de jóvenes algunos de ellos imberbes todavía, gastando lentes y con la cabeza peinada á la última moda. La parte inteligente de las relaciones de Masko estaba representada por Polaniecki y por el señor Kreszovski.

La señora Kraslavski había invitado á algunas señoras casadas y á sus respectivas hijas, en torno de las cuales se agitaban con ridícula gravedad los jóvenes pisaverdes.

La señorita Kraslavski estaba graciosa con su vestido de seda blanco. Su rostro de una impasibilidad sorprendente, ejercía cierto atractivo que Masko supo apreciar, lo propio que la franqueza con que aquella joven sabía estar en sociedad.

Aquella noche, Polaniecki descubrió que era celoso. Hasta entonces no había sabido que cosa eran los celos, por lo cual se reprochó á sí mismo al sentirlos por vez primera, viendo á un guapo joven

llamado Kopovski que se ocupaba casi exclusivamente de Marina, y notando que ésta contestaba sonriendo á las frases más ó menos tontas del pisa-verde. Sin embargo, acabó por experimentar una cólera sorda, al ver el interés que ésta parecía manifestar á Kopovski, y durante toda la comida estuvo de malhumor.

—No quiero desvanecer la buena impresión que Kopovski le ha producido á V.—respondió á Marina cuando ésta le pidió su parecer sobre la fiesta.

—Pero, ¿no encuentra V. que es un hombre que merece ser observado?—continuó esta con una ligera sonrisa provocada por sus celos.

—Sí, sí, en efecto; se pavonea por la calle y anda con la punta de la nariz hacia arriba, á riesgo de cojer un torticoli.

Marina se habría reído de muy buen grado, pero supo dominarse.

—¡Qué! ¿Acaso sería usted celoso?

—¿Yo? nada de eso.

—¿Quiere V. que le cuente el asunto de nuestra conversación? Fué el caso que ayer, durante el concierto, ocurrió un caso de catalepsia. Le he preguntado al señor Kopovski si había visto al cataléptico, y ¿á qué no acierta V. lo que me ha contestado? Oigalo V.: «Cada cual es libre de tener sus convicciones». ¿No le parece que es un hombre singular?

Polaniecki no pudo menos de reirse, y durante el resto del día ya no volvió á perder su acostumbrado buenhumor.

Como el coche del señor Plavicki no tenía más que dos asientos, Polaniecki no los pudo acompa-

ñar á casa. Después de haberse despedido de ellos, disponíase á alejarse, cuando Marina, inclinándose hacia él le preguntó:

—¿El señor mal genio vendrá mañana, después de comer, á encontrarme?

—Sí, vendrá, porque la quiere á V. tanto...—murmuró Polaniecki mientras le arreglaba la pelliza alrededor de los pies.

## XXIX

Bukacki estaba invitado también á la boda de Polaniecki. La respuesta á esta invitación estaba concebida en estos términos:

«Arrancar las fuerzas creadoras de la Naturaleza de su estado normal de quietud, y obligarlas por medio del matrimonio á traer al mundo cierto número de seres que necesitan una cuna, y cuya única ocupación consiste en chuparse el dedo pulgar, se tiene que considerar como un delito.

» A pesar de esto, he decidido aceptar vuestra invitación, porque ahí las estufas son más calientes que en Italia.

BUKACKI.»

En efecto, ocho días después de la fecha señalada para el matrimonio, regresó á Varsovia. A Polaniecki le trajo como regalo una especie de pergamino parecido á un anuncio de defunción, artísticamente pintado y encima del cual se leía esta inscripción: «Estanislao Polaniecki, tras una larga y pesada vida de soltero, etc.»